

Hienas con chilaba

Reproducen los periódicos, de un moro que presenciaba el espectáculo horripilante de Monte-Arruit, estas palabras:

— ¡España «ver» Monte-Arruit, no «perdonar» jamás moro... »

España ha visto Monte-Arruit con espanto maternal y con indignación profundamente humana, porque aunque aquellos cadáveres mutilados y putrefactos, no fueran de soldados españoles, los testigos del odioso espectáculo habrían sentido algo glacial en las venas y esa sacudida nerviosa que en todo hombre de espíritu cristiano produce la profanación de los muertos. ¿Cuál no habrá sido la pesadumbre de los soldados y periodistas de España que han contemplado el final macabro de la tragedia de Monte-Arruit?

No tratemos de analizarla. Nosotros, que hemos visto de cerca la guerra grande, que hemos estado en Reims y en Verdun, no encontraremos nada comparable a ese osario salvaje de Monte-Arruit. Sin duda, el Iser arrastró millares de cadáveres; sin duda sobre el frente de Donauumont no hay una vara de tierra sin trozos de osamenta humana; sin duda la visión de las trincheras barridas por artillería y la de las ciudades arrosadas— Arras, Reims, Verdun, Iprée, tantas otras! —era angustio-

sa y horrible. Pero lo que no existió en la guerra grande fué el ensañamiento sistemático sobre el cadáver, la mutilación bárbara del cadáver, el odio al cadáver.

El hombre que sacia su venganza en el cadáver de su enemigo es un infrahombre, está entre la fiera y el hombre.

Es el caso de los rifeños. No son hombres son hienas con chilaba. Hay, pues que dejar de considerarles como seres de nuestra misma especie.

Nadie se venga de las fieras, ni las castiga ni las hace expiar. Se asegura uno contra ellas, extirpándolas, confinándolas en un espacio de tierra o domesticándolas.

No hay que vengarse del moro. Hay que hacer con él lo que se hace con las serpientes de la India, con los lobos de Rusia y los leones del Atlas: precaverse contra ellos. El plan de España en Africa no puede consistir en batirse con el rifeño cara a cara, cediéndole beligerancia moral, sino en acorralarle y dejarle inútil para nuevos asaltos. Después vendrá la obra que incumbe al domador, al civilizador, al humanizador. Pero, por de pronto, los moros del Rif no son hombres. Son hienas con chilaba.

Cómo viven los prisioneros de Aydir

Se ha recibido carta de un oficial prisionero en Aydir. Esta carta ha llegado por conducto seguro, y contiene nuevos por-

menores de la vida que llevan aquellos militares que, con el general Navarro, siguen en manos de Abd el Krim.

«Nuestro campamento—dices—es bien pequeño: fórmanlo dos tiendas, que por un menguado pasillo comunican con dos habitaciones, obscuras y mal ventiladas.

Nos levantamos casi al amanecer, y cada cual cuida seguidamente de recoger y de doblar su cama. Después entregamos los vales que se envían a Alhucemas para el aprovisionamiento de víveres. Nuestra comida se condimenta casi siempre a base de huevos y patatas.

Traía antes los comestibles, las cartas y algunos periódicos un moro al que apodábamos *Pistolita*, porque se presentaba de continuo ante nosotros empuñando una pistola. Traía los encargos de nuestras familias, pero interviniéndolo todo con actitud. Por fortuna, este *consueño* ha sido reemplazado por otro moro menos hábil y más servicial.

El batinero que era de la posición de Afran, prisionero hoy con nosotros, sirve el desayuno y las comidas con toda solicitud.

Cada tienda y habitación tiene su nombre: alguno de estos califica la incomodidad del aposento como la Pulguera; otras las llamamos la Harca, el Sanatorio, el Consejo de Ancianos... Constituidos los primeros grupos, cada uno de éstos cuida de una parte de la limpieza; y como todo escasea, hay que formar cola para cojer agua, para obtener una silla y hasta para leer un trozo de periódico. Los periódicos y las cartas nos han traído el gran consuelo y la inmensa alegría de conocer las victorias de nuestro Ejército. Arrastrando el enojo de los moros guardianes, festejamos con cantos y vítores la ocupación del zoco de Arbaa, de Nador, de Zelua, y con unas botellas de sidra el episodio de Tizza y la hazaña de Cavalcañi. El capitán

de Ingenieros Aguirre, único del Cuerpo entre nosotros, recibió nuestro abrazo: en él abrazábamos a los bravos ingenieros que decidieron aquella victoria.

Y así van realizándose nuestros días, entre el trabajo mecánico, que extendemos fuera del campamento para higienizar las alrededores, y la viva esperanza de recobrar nuestra libertad.

La carta termina elogiando al médico Serrano que ejerce—dice—de médico, de practicante y de enfermero, todo a la vez, y en el cuidado y en el consuelo a los enfermos, es un hermano.

Los señores diputados

En este debate acerca de Marruecos está repitiéndose el caso que hubimos de lamentar cuando el Congreso discutía, hábilmente también, el terrorismo barcelonés. En este debate ha surgido un elemento terriblemente oportuno y engorroso: el testigo presencial. Tenemos ahora que soportar la perorata trivial del «hombre que estuvo en Melilla, como entonces hubimos de resignarnos al dictamen del «hombre que estuvo en Barcelona». El turista se convierte así en un factor crítico, de pedantería inaguantable, y hemos de asistir con paciencia al desfile de estos viajeros que un día se beben un «bock» en una carnicería de las Ramblas y luego vienen hablando con énfasis del fondo problema catalán, y otro día, con salacof y polainas, se pasean por los alrededores de Melilla para venir después al Congreso a examinar, en latos discursos que nadie escucha, pero que consumen jornada tras jornada, el ardue problema marroquí, relacionando incoherentemente el caso de Algeciras con algún que otro relato de cierta cosa minúscula que el precipitante ya decía a unos buenos militares que tocaban café en la plaza...